

Aunque bajo la tierra  
mi amante cuerpo esté,  
escribeme a la tierra  
que yo te escribiré.

La sangre siempre llueve hacia arriba...  
hacia el cielo

A cuatro pasos los vivos,  
a cuatro pasos los muertos...

**Miguel Hernández.**

A ellos..... que me abandonaron.

**A Melissa**

**Le conocí una tarde de invierno, esas sombrías, que te hacen ser insignificante ante el mundo, esas que te aplastan y te ahogan, que no sabes si dormir, salir a la calle o emborracharte para sentirte un poco mejor; hice lo último.....**

## JUDITH

Judith, andaba unos días hecha un lío, hacía tiempo que no veía a Raimundo y le echaba de menos, tendida en la cama, desnuda y con el fresco de la mañana azorándole entre las piernas, no pudo evitar pensar en él. Sintió como su interior se removía, se levantó, una ducha la tranquilizaría, pensó, mientras se dirigía al baño de su coqueta buhardilla en el centro de la ciudad, en la radio sonaba Jim Morrison, y su pensamiento se difuminó bajo el agua tibia que corría por su cuerpo buscando el sumidero de la bañera. Volvió a evocarle. El recuerdo le martirizaba el cerebro, veía su cuerpo desnudo junto a ella, y sentía su olor, el tiempo paró, comenzó a masturbarse con avidez. Sin pensar en nada, pero teniéndole cerca, sintiendo sus espasmos junto a ella, su vigoroso cuerpo desnudo deseándola, y aquellos ojos de demonio perverso que ponía cuando se iba. Siempre la miraba en ese instante y le obligaba a mirarle, para desenfundar su venganza, para demostrarle que era él quién mandaba. Las cosas nunca cambiarían por más que ella lo intentase, por más que utilizase todas sus armas de mujer bella, de poderosas caderas e insultantes tetas, no era más que un objeto entre sus brazos, la poseía, la hacía su esclava, sin el menor esfuerzo, no podía hacer nada. Judith no era nadie, era un trozo de carne esperando el aliño, carne hermosa, cierto, pero sólo carne, sosa, sin él: sin Raimundo. En los momentos en que creía odiarle, en los que se juraba por mil veces que jamás se acercaría, que jamás le miraría cuando fuese a vaciar dentro de ella. Pero todo aquello se

desvanecía de un sueño, como arena de playa del mediterráneo azotada por la brisa, cuando le tocaba, le soplaban al oído, o dejaba que su aliento impregnase su nariz, con ese olor que sólo él poseía. El teléfono sonó justo cuando tenía su sexo más hinchado que un globo de feria, lo ignoró, y se concentró en el instante supremo, aquel en que Raimundo se desvanecía del paraíso, para volver a estar en el interior de una pulcra bañera en una coqueta buhardilla en el centro de la ciudad. Volvió a sonar, esta vez si estaba disponible, aunque todavía azorada por el magreo que ella misma se había propinado. Sintió la voz de Raimundo al otro lado del auricular y pensó que el orgasmo le volvía por un instante, instante que pasó cuando él volvió a repetir su nombre, ahora con otro tono y con más fuerza, - si, si estoy aquí Raimundo, - quiero verte, dijo, - esta tarde a las siete en el Plaza, y colgó sin más palabras, el vacío volvió a inundarla otra vez. Estaba aquí para humillarla, como si los dos meses sin tener noticias de él no fueran importantes. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo, al fin y al cabo iba a estar con él, y eso era lo que ella quería, pensó que ropa ponerse para la ocasión y dejó que su mente fuera a visitar la música que sonaba por la radio, Jim Morrison, no se había movido de allí.

El Plaza estaba situado a menos de cien metros del palacio real, pero no podía divisarse desde allí, un rincón y una esquina inoportuna se lo impedía, tenía el encanto de los locales antiguos del centro, pero había venido a menos, seguía teniendo cierta reputación entre algún esnob. Esos que viven en las urbanizaciones del extrarradio y que pasan media vida para pagar un adosado decente a cambio de pasarse la otra vida que les queda en los interminables

atascos que les llevaban a trabajar. Había sido años atrás círculo de tertulias de escritores e intelectuales de cierto renombre, pero había perdido la mayoría de su magnetismo a favor de la mediocridad que le aportaban sus nuevos clientes. A Raimundo le seguía gustando, le gustaba sobre todo porque aún conservaba en el aire, en el ambiente y en el humo de los cigarrillos recién apagados el aroma de que allí se habían gestado algunas de las más o menos importantes conspiraciones políticas de este país. Cuando el güisqui le cegaba solía hablar con Andoni, el Metre, que se había pasado cuarenta años diciendo que volvería a su tierra natal Navarra, y que nunca lo había hecho, ni siquiera de vacaciones, era otro esclavo más de la urbe. Navarro, de los sinceros y testarudos, pero buena persona, inteligente y simpático, como correspondía a su profesión, a la misma vez que discreto, cualidad innata de los profesionales, si quieren llegar lejos en su oficio, y sobre todo si quieren seguir vivos. Era un sitio tranquilo, sus mesitas de mármol, blanco y negro, que incitaban a jugar al dominó y a aporrear las manoseadas fichas entre trago y trago de cazalla, de café, anís, o güisqui. Raimundo se sacudió el agua con destreza de la gabardina al entrar, más de la mitad de la clientela se giró para observarle nadie le saludó. Judith ya estaba esperándole; tenía un aire de puta cara que jamás se quitaría, sus miradas se cruzaron, y Raimundo pensó que él ya sabía lo que quería, pero ella aún no. , Aunque por un instante su mente pensó que lo mejor que podía hacer sería echarle un polvo en el cuarto de baño y dejar que el agua siguiera su curso. Se acercó a la mesa, la miró a la cara y le propinó un par de sonoros besos en las mejillas que hicieron azorarse a la pobre Judith;

- Hola; - Ella guardó silencio, como esperando algo más;

- - No vas a contestarme, dijo Raimundo mientras se sentaba,
- - Sí, claro.
- – Ah, creía que no me habías oído -
- ¿Dónde has estado metido todo este tiempo?, ¿Por qué no me has llamado?, ¿Podrías haber sido un poco más simpático esta mañana por teléfono? ¿No?.
- Raimundo volvió a decidirse por lo del polvo, - tal aluvión de preguntas estúpidas no merecía otra respuesta- pero no la había llamado para eso, bueno en cierto sentido sí, pero no sólo para follar. Tomó un instante de relax, y dijo con aplomo:
- - Te debo una disculpa, lo siento.

Judith. Lo miró a los ojos con incredulidad, jamás en el tiempo que conocía a Raimundo le había pedido una disculpa, -nunca.- Hay algo que no funciona, - pensó, - dejó de sentirse esclava y su entrepierna se enfrió. Pidieron café, Raimundo aún no se sentía con fuerzas para el güisqui, aunque le hubiese ayudado bastante. Como iba a contarle a Judith, que no. -no la había llamado para irse a la cama y pasar otra noche retozando a la luz de cualquier neón de hotel de medio pelo, ella no había sido otra cosa para él que eso, un cuerpo en el que cobijarse en las horas en que la soledad apretaba y en el que vaciarse cuando el deseo le ahogaba aún más que la soledad y la tristeza, pero nada más. Un medio como tantos otros, como el café que acababan de poner en la mesa las manos de un camarero desconocido, como el güisqui que tomaba con desmedida ferocidad cuando sentía que su cuerpo por si sólo no iba a poder superar otro día de tedio, o como la película que se va a ver sin convicción de que te va a gustar, simplemente para pasar el rato. Judith se dio cuenta de que algo pasaba, y pensó que era su

oportunidad de estrechar el lazo, de dejar de ser eso, lo que sabía que era, un pasatiempo del hombre al que adoraba, había que jugar bien las cartas, y no apretar la presión, dejar que el solo se vaciara. Si podía volverle loco en la cama, también podría dominar esta situación, no lo había hecho nunca y eso le proporcionaba ciertas ventajas, dejó que el instinto le invadiera y esperó, era todo lo que tenía que hacer, esperar. Antes o después del café, antes o después de la cena, antes o después de hacer el amor, o de follar, según fuese la noche, y eso fue lo que hizo. Apretó la taza de café entre las manos, y le miró a los ojos, esos ojos que tanto le cautivaban, procuró no perder la frialdad y miró a su alrededor distraídamente para ver si alguien les observaba. El local no estaba muy lleno, y Andoni tampoco se encontraba tras la barra, se quitó el puntiagudo zapato y empezó a amasarle la entrepierna. Raimundo sorprendido le apartó rápidamente el pie, la miró fijamente, y sintió como su mirada la inundaba de miedo y de inseguridad. No estaba aquí para acostarse con ella, eso estaba claro, en otras ocasiones habría respondido de diferente manera ante el asedio a que le estaba sometiendo, le habría conminado a ir al baño, echándole antes una mirada de complicidad a Andoni, cuando estaba, tal vez ni eso. Allí la habría tomado ferozmente, habría pagado el café o los güisquis y habría desaparecido tal y como le vio entrar, pero sin gotas de lluvia sobre la gabardina.

¿Tú crees que estoy loco, Judith?, Dijo Raimundo con una mirada que no dejaba dudas sobre la sinceridad con que formulaba aquella desconcertante pregunta; Judith guardó silencio y sorbió un poco del ya frío café lo miró a los ojos no sabiendo que decir, -¿A qué te refieres?, -¿Cómo que a qué me refiero? – ¿Qué



si estoy loco?, ¿Acaso la pregunta no es lo suficientemente clara?. Judith, cada vez más desconcertada, vio como todo el aplomo que minutos antes habría tenido planeando la situación se derrumbaba, se le escapaba por las puntas de los dedos hasta el infinito, estaba en blanco. Raimundo no aguantaría mucho más sentado a la mesa, se iría y no habría sido capaz de retenerle, ahora que tenía una oportunidad para ser algo más que su agujero, un impulso movió su pie descalzo aún, de nuevo hacia las profundidades de Raimundo. Este se quedó frío, ahora había miedo en su mirada y también odio, y no dejó que este le inundará, volvió a apartar su pie, esta vez con suavidad, y adoptando pose de padre comprensivo dijo: es que no puedes pensar en otra cosa, ¿por qué todas las mujeres con las que me cruzo creen que lo único que quiero de ellas es follar?, ¿Por qué coño no me dais una oportunidad?, Después de tres meses sin verte, te llamo porque tengo un problema, y después de haber pensado en toda la gente que conozco y decidir que tú eres la más indicada para saberlo, lo único que se te ocurre cuando te pregunto una cosa es poner tu jodido pie en mi polla, ¿crees que es esa la solución? ; la voz de Raimundo subía de tono en cada frase y sus ojos se desorbitaban poco a poco. Ahora sí que Judith estaba vencida, ahora sí que se sentía como un agujero, inútil, indefensa ante aquel aluvión de palabras que salían en cascada por la cada vez más reseca garganta de Raimundo Villanueva; - ¿crees que es esa la jodida solución?, Volvió a repetir iracundo Raimundo; Las caras de los sorprendidos clientes del Plaza se habían vuelto hacia ellos, mejor dicho hacia la pálida cara de Judith, todos esperaban su respuesta, todos la miraban, Judith sintió como le temblaban las piernas y su sexo se escondió en lo más profundo de su vientre, - No lo sé, dijo ella; los clientes del Plaza volvieron a sus cafés y a sus fichas de dominó,

y el silencio duró sólo un segundo, lo justo para que el primero de los jugadores de la segunda mesa pusiera el tres pito sobre el mármol y exclamara con seguridad, “ DOMINO” .

El silencio se interpuso entre ambos a modo de “ Piedra del Santo sepulcro” , tenía miedo Raimundo que ella se levantara y se marchara de allí, de no volver a verla más; toda la confianza, que era su posesión había desaparecido por momentos, en su lugar se imponía la confusión de una situación embarazosa, no sólo podría perder a una futura confidente de su misterio, sino que también estaba a punto de echar por la borda a la última mujer con la que había navegado en la soledad del deseo puro. Judith por su parte seguía impassible, mirando ora al café ora al cuadro o litografía de payasos de Picasso que iluminada por una luz amarillenta, se interponía entre ambos, observando los ángulos rectos de las facciones de los dos arlequines que presidían cual jueces la situación entre ellos.

¡ Coño, pareja! La voz del curtido navarro, de amigo de sus amigos, de Andoni -se interpuso entre la piedra de su silencio.- Sonrieron los tres al tiempo, mostrando la complicidad de quién se conoce bien. Puso una silla entre ambos y apoyando sus manos sobre el respaldo, exclamó: - Cuánto tiempo RAI, ¿es que te ha hecho algo el Plaza?, - Lo mismo digo, Judith, hace más de tres meses que no asomas tus medias por aquí; - habéis estado enfermos, os habéis casado, os ha tocado la lotería, bueno ¿qué?. Raimundo quería contestarle y darle un apretón de manos, pero Andoni no paraba de hablar y gesticular; - Oye Pedro, trae güisqui para los tres, - Sabéis que no tengo costumbre de beber con los clientes pero

vosotros sois mis amigos, así que ¿qué coño? Niño, no traigas la bazofia que toma éste, que tiene que tener el hígado como una patata cocida, trae del de arriba, ese, ese, en vasos anchos y a ver si te arreglas la pajarita coño, que el Plaza es el Plaza. Cuando al Navarro se le gastó la saliva de tanta charla, los güisquis ya estaban sobre el mármol. – Bueno, ¿por qué brindamos?, Raimundo cogió su vaso y ofreciendo el que quedaba a Judith, - Por el futuro Andoni, por el futuro; - Ah, pues muy bien, que así sea, - Salud.

Era uno de noviembre y Judith andaba unos días melancólica, de esos que se encadenan, de aquellos en que no se sabe cuando empiezan ni cuando acaban, cuando la sucesión de noche y día no deja de ser eso, sucesión matemática de luz y oscuridad, aunque a ella le perseguía la tiniebla, el tedio de un trabajo que apenas si soportaba, y de unos amigos y anhelos que no llenaban ni la parte de arriba de su corazón. En el último año había cambiado mucho, ya no parecía una puta cara, bueno a veces sí, pero sólo en el envoltorio, que a menudo se imponía ponerse, para intentar que el paso del tiempo no hiciera mella en su alma, a veces lo conseguía y a veces no. Este Otoño, desde luego, era nefasto, no recordaba la última vez que desencajó la mandíbula para reírse libremente y tampoco era capaz de traer hasta sí el ambiente de una noche de amor gozosa. Apretó el botón de la fotocopidora, 64 fotocopias de no sé que informe de paridad de criterios sobre algo que jamás llegaría a interesarle, sus días y sus noches eran iguales, ni siquiera sentía en su interior la fertilidad, arma de la que egoístamente se había sentido orgullosa durante tanto tiempo. Sobre todo en las conversaciones embadurnadas de alcohol de media tarde o media noche, cuando sentía que los

ojos de los hombres se clavaban en su vientre como puñales de tirador de circo, cuando podía oler el deseo de aquellos seres que entre trago y trago le dirigían miradas mortales. Era inteligente, ella lo sabía, y admitía que en ocasiones se dejaba llevar por el instinto de mujer, había tirado su inteligencia a la basura a cambio de la pasión, pero eso era pasajero, como un relámpago en la noche, apenas recuperada del trance volvía en sí, para resurgir poderosa, sensual y dominadora, como siempre le había gustado sentirse. La fotocopidora seguía impactando los inútiles destellos de luz, dedicados a copiar la burocracia de un papel a otro, como si fuera importante, como si no hubiese que reflejar la hipocresía una sola vez. No, había que reproducirla hasta el infinito, en función de no se sabe que norma, o que regla, que esta hecha para no cumplirse, más que ahí en las fotocopadoras de los vetustos ministerios de esta ciudad.

Justo cuando el clic de la copia número 64 invadió la oficina, adivinó que en su culo se había posado la mano de alguien, no era la primera vez, así que no tenía por que alarmarse. Su vida había consistido en eso: en manos en el culo, en zarpas en sus pechos y en alientos llenos de miseria, giró la cabeza para ver quien era, su melena recorrió su espacio como un león en busca de su presa dejando en al aire el eco de su fragancia favorita, sólo había que mirar al intruso y calibrar sus posibilidades; no era nadie, bueno sí, era Jacinto Buenaventura, Jefe de sección, Grupo B, encargado de la tramitación de transformados metálicos, en definitiva, nadie, cogió su muñeca y la apartó suavemente, como queriendo querer, como un pase a un toro del que sabes no te dará la fama, habían quinientos como él o mil, pero a eso ella no le daba la más mínima importancia, era una mano, o un trozo de carne, que más da, era gente a la que puedes dominar con una mirada y comprar

con un beso, humanos sin valor, de esos que el sistema ha ido mutando minuciosamente hasta hacerlos inofensivos, pagarás tu coche, pagarás tu piso, le pondrás dos veces los cuernos a tu señora y morirás con una bonita lápida, tu familia te recordará, de acuerdo, pero será un recuerdo hipócrita y falto de interés. Lo que más le molestaba, era que ella estaba punto y seguido para pasar a formar parte de aquel entramado, de aquel compendio de normas y reglas que ella tanto odiaba, pero seguía allí, haciendo fotocopias, aguantando con estoicidad las manos de miles de jacintos que se posaban en su culo, en su cintura o en su cuello. Sintió asco, decidió que hoy no haría el papel, pero en el último instante se arrepintió.

Jacinto, déjame, estoy trabajando.

Éste desempeñó su cartier pagado a plazos y dijo: Judith, me tienes loco, si tu quisieras, no te faltaría de nada en esta dirección. Había oído esa frase miles de veces, la misma frase de distintas bocas. Cuanto odio a los hombres en ese momento, los odio a ellos, a su aliento, a su falta de imaginación, a sus pollas, y a sus cenas de gente importante, cuando la vista ya estaba en rojo; tendría que estar toda la vida aguantando eso. Jacinto seguía acosando a su presa, expulsándole el aliento en el cuello e intentando pegarse a su trasero, Judith dio un respingo, - Jacinto, tío, que pesado, déjame en paz, que tengo que tener preparado esto antes del mediodía, y es importante. El tono con que se había referido no dejaba lugar a dudas, el próximo paso sería una bofetada y Jacinto lo sabía, no era la primera vez. Se le mostraba inexpugnable como en tantas otras representaciones, -con Judith, no hay nada que hacer- había escuchado en boca de sus compañeros, pero no se iba a dar por vencido tan fácilmente, encontraría la manera, la ocasión y el

momento para que no siempre fuera el “ no” por respuesta, en esto era un consumado especialista. Años atrás en la Sección de gestión inmobiliaria, también se le había cruzado otra Judith, de esas que no se dejan avasallar, le costó trabajo, pero la consiguió, en la oficina se hacían apuestas a ver cuánto tardaría en llevarse a la cama a María Ángeles Molina, le costó casi un año pero lo consiguió, y cuando exhibió aquel triunfo ante la concurrencia se sintió el tipo más afortunado del mundo, la alegría le duró por lo menos un año, así que no había que desesperar, Judith, no tenía por que ser diferente al resto de las mujeres con las que se había cruzado en su vida, al fin y al cabo él era su superior, no directo ni la tenía a su cargo, pero su rango no dejaba lugar a dudas de quién era más importante que el otro, dentro de aquel enrevesado complejo de niveles, negocios, Jefes de sección de Servicios, Subdirectores Generales, delegados, y demás nombres que a su gusto tiene que ponerse la administración para que no lo entienda ni dios, lo pospuso para mejor trámite y siguió su camino. – Bueno chata, te dejo, ni que te hubiera venido la regla. La mirada asesina se clavó es sus ojos y Jacinto no tuvo por menos que salir de allí guardando el mayor decoro posible.

Había dejado las reproducciones del informe en la mesa, Pedro Ríos no estaba, no le importó lo mas mínimo, ni siquiera se quedó a aclarar ciertos detalles sobre el trabajo, simplemente le dejó una nota en que le despejaba los aspectos confusos junto a las reproducciones. Salió del despacho, pasó por la cohorte de funcionarios que la miraron sin disimulo y enfiló el largo pasillo de la novena planta del Ministerio. No se sintió en la obligación de saludar a Álvaro, el ordenanza, le caía bien pero aquella mañana no le iba a decir nada, en cierta manera se había

contagiado de las absurdas normas que se imponían en el Gabinete de tratar a sus subordinados con cierto disimulado desprecio, le repugnaba, normalmente no lo efectuaba, pero hoy sí, pulsó la llamada del ascensor y los segundos se hacían interminables, Álvaro levantó un poco la cabeza para observarla y se despistó del cuadrante solo el tiempo justo para que llegara el ascensor, esperó una mirada, un atisbo de consideración, pero nada, el elevador llegó antes que esto, no le importó, Judith bajó en el ascensor, pensaba en la razón por la cual había ignorado a Álvaro. Era un tipo simpático. Siempre la atendía bien, no se fijaba más de lo habitual en sus tetas, eso ya era un milagro en aquel edificio, sabía que era Licenciado en Filosofía y Letras, Filología Francesa era su especialidad, se preguntó que hacía un tío con carrera medianamente atractivo, de no más de treinta y cinco años en aquel puesto de mierda. Yo, -pensó- aún no he cumplido los treinta, ni siquiera terminé derecho y gano el doble que él. Su ego se lo agradeció, le hacía falta, necesitaba golpes morales como ese. Últimamente su vida era absurda, ataba los días unos con otro los meses pasaban y nada ocurría en su existencia, el consuelo era mirarse al espejo, todavía tenía las tetas en su sitio, eso le hacía sentir tremendamente bien; - Tranquila Judith, llegarás, no te preocupes, todavía tienes tus tetas-, al segundo siguiente se preguntó que ¿qué coño hacía trabajando allí? Para que aguantaba un trabajo que no le gustaba a cambio de un buen sueldo, - eso lo hace todo el mundo, - es la vida, sigo las normas, - tranquilízate; excusas que no le pasaban de la garganta y que le secaban la boca del pensamiento al mismo tiempo, intentó dejar de seguir torturándose, el ascensor no acababa de llegar y el tiempo se hacía interminable, -no pasa nada, Judith, tomate un café caliente y sostén la taza entre tus manos, mira al vacío y todo

terminará-, todas las mañanas se formulaba las mismas preguntas, y siempre hallaba la misma solución, tómate un café y déjalo para mañana. El bar del Ministerio estaba demasiado lleno para la tranquilidad que ella necesitaba conseguir, salió fuera, el aire contaminado se le introdujo hasta el fondo de sus pulmones, encendió un cigarrillo y con paso seguro y firme atravesó la arteria de la ciudad. Al otro lado había un sitio lo suficientemente caro como para que no estuviera lleno de oficinistas, de chachas y de amas de casa en busca de la modesta complicidad del camarero de turno. Se sentó al fondo en un rincón, el local estaba medio vacío, pidió un café doble y lo estrechó entre sus manos como si estuviera vivo, el calor y el aroma de la taza le dio nuevos ánimos, aspiró de nuevo en un intento vano por despejar su cabeza. Pensó en Raimundo, más de un año sin verle, se preguntaba por qué seguía pensando en él, por qué le seguía recomiendo la conciencia cada día, cuando estaba más que segura de que ya no volvería a verle, intentaba convencerse a sí misma de que jamás le necesitó, que sólo fue uno más en su vida, uno de tantos, sin más importancia que esa, le recordaba, recordaba sus frases, su sonrisa, sus ojos, su seguridad, le recordaba encima de ella o debajo haciéndole el amor con furia, sus locuras, sus ganas de vivir, y la pasión que le dedicaba en el espacio de tiempo en que estuvo a su lado, se entregaba, se dejaba toda su pasión y toda su fuerza en agradecerla, o en humillarla, pero nunca había indiferencia en su compañía, esto era lo que más echaba de menos Judith. Siempre había odiado a los hombres indiferentes, aquellos que todo lo basan en medias tintas, en no darse por completo, en tomar el deseo y la pasión como una parte más de la vida, cuando no era así, para ella no lo era, la pasión y el deseo formaban parte de otra cosa, era carnal, se realizaba en



este mundo, pero procedía del espíritu, del ansia de la inmortalidad, del contacto con lo más alto del universo, y con los sueños. Pero desde luego no con la realidad, caduca, tediosa y monótona a la que cada momento había que enfrentarse como un lobo en busca de su presa. Sus pensamientos vagaban, de Raimundo a ella, y viceversa, se dejaba dominar por su egoísmo de no tenerle ahora frente a sí, y se compadecía de que otra mujer no le amara como ella. Encendió otro cigarrillo, - fumo demasiado, se dijo; y sorbió el último y más amargo trago del ya medio caliente café. Recordó aquella tarde lluviosa de otoño, la última vez que le vio. Sabía que le pasaba algo raro, su comportamiento no fue normal, advirtió algo en el que no supo adivinar, y lo más triste – se acusó a sí misma -, es que jamás sabré lo que le ocurría aquella tarde para estar así. Andoni, se interpuso entre ellos, aquella noche ni siquiera le hizo el amor, se despidió en la puerta del Plaza, con un frío – Te llamaré, y un beso en los labios, aquella tarde no debí dejarle escapar, murmuraba entre dientes sin darse cuenta de que empezaba a hablar sola, y que lo que le había ocurrido durante la mañana ya no ocupaba ni la más mínima parte de su cerebro, - No debí dejarle, repitió. Andoni, locuaz como siempre, había desviado la atención de los dos hacia él, contando un sin fin de anécdotas del Plaza, que si aquí se reunía lo mejor del Cine, del Teatro, de la Literatura, que si era nombrado el Plaza, no sólo en la capital sino en todos los rincones culturales del país, que si Paco Rabal, o Don Paco, como le llamaba Andoni, le habían rajado la cara por asuntos de mujeres justo en esa mesa, claro que nunca se supo, tuvo bien el inventarse una buena excusa, es que D. Paco era muy hombre, que a la hembra que se le ponía por delante no se la dejaba escapar, eso era un galán de Cine, educado, orador, y borracho como el que más, pero un caballero, de los que ya no

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

